

La influencia de la iglesia en el desarrollo y la difusión de las distintas formas de la ideología patriarcal, proporcionan un útil patrón de cambio.

El análisis feminista dirigió su atención a la Reforma protestante en busca de los orígenes de la forma de ideología patriarcal que se experimenta en la actualidad y demostró cómo y por qué

las ideas sobre estas cuestiones cambiaron durante el siglo XVII.

La investigación de Roberta Hamilton, aunque analiza una realidad histórico-social diferente al contexto mexicano, nos permite por un lado comprender la influencia que el protestantismo, vía la sociedad estadounidense, ha ejercido en cuanto a estilos

de vida, patrones de conducta y comportamientos asumidos por la mujer mexicana de clase media en las décadas de 1940-1960. Por otro lado, la propuesta metodológica abre una gama de posibilidades en la investigación de la problemática de la mujer mexicana al contextualizarla como sujeto perteneciente a una clase social y analizar su condición específica de mujer.

Destino femenino manifiesto

Julia Tuñón

Michel, Andrée. *El feminismo*, México, Fondo de Cultura Económica-CREA, 1983, 154 pp.

El feminismo de Andrée Michel es un libro de divulgación. Fue publicado, en su segunda edición en español, por el Fondo de Cultura Económica, conjuntamente con el CREA, lo que hace suponer que se pretende dar a conocer su contenido entre un público joven. En principio esto suena correcto: el lector joven significa el futuro pensante del país y es importante informar en qué consiste la lucha de las feministas y la historia de la mujer. Sin embargo, también es importante la manera en cómo ésto se haga.

El libro se propone dar una visión global del feminismo en el siglo XX. Desde la introducción, explicita su intención de fomentar la influencia de ese movimiento en el tercer mundo. Para lograrlo emprende la labor de rastrear la situación histórica de la mujer desde el paleolítico hasta nuestros días. Michel se centra en el ámbito europeo,

con breves referencias al Islam y a Bizancio. Nunca aclara de qué manera este conocimiento puede incidir en la mayor participación de las mujeres del tercer mundo, aunque podría deducirse a partir de la consideración de universalidad del destino femenino. En esto la autora parece responder a una posición feminista bastante ortodoxa: todas las mujeres deben unirse y ayudarse mutuamente en la lucha por sus derechos.

El libro se divide en dos secciones: la historia de la mujer y la caracterización de los movimientos feministas de este siglo en los países desarrollados. El comentario que aquí nos ocupa se refiere básicamente a la primera parte.

Pretender un conocimiento histórico libre de intenciones políticas es difícil, por no decir imposible. Nadie le pide pureza de intenciones a este saber y nadie lo considera un requisito para su validez. Sin embargo, dirigir un conocimiento histórico a una causa política y hacerlo bien (rigurosamente), no es fácil: los riesgos de deformar las circunstancias para lograr que se adapten

a las conclusiones previas son muchos. Es precisamente lo que vicia de entrada el trabajo de Andrée Michel: la necesidad de validar el feminismo marca su estudio histórico, lo condiciona y lo deforma. Esto, que es frecuente en trabajos de la década de los sesenta a causa de la efervescencia militante, parece menos aceptable en los últimos años. La primera edición en francés es de 1979, ya que el feminismo activo ha cedido el lugar que le corresponde al conocimiento académico y se han realizado trabajos serios y rigurosos. El libro adquiere una óptica justificatoria que sacrifica, incluso, su intención final. Y es que la validez del movimiento feminista no se aduce de las argumentaciones dadas ni del tratamiento histórico del sujeto femenino. Es necesario hacer historia de la mujer, lo cual seguramente avalará los movimientos feministas, pero es fundamental hacerla rigurosa y críticamente. El fin no justifica los medios.

En la necesidad de justificar el movimiento de liberación femenina, Andrée Michel atiende al pasado buscando

en él todo aquello que haya repercutido en la pérdida de importancia social de su sujeto y que explique sus subsecuentes resistencias, todo lo cual, más que explicar, describe. El hilo conductor de su proceso histórico es el deterioro de la condición femenina: "La historia de la mujer es, en primer lugar, la historia de la forma de su represión y de la ocultación de ésta" (p. 143).

En la descripción del paleolítico se nos informa de una situación de igualdad entre hombre y mujer, derivada de condiciones económicas y sociales específicas: "Sin la propiedad privada y la acumulación, la división del trabajo no podía, por sí sola, aportar una base a la explotación de un sexo por el otro" (p. 19).

En el neolítico, la mujer se convierte en inventora de la agricultura, los textiles, la alfarería, etc. Ello conlleva una serie de adelantos técnicos que permiten la sustitución de la caza y la recolección, como formas de subsistencia, para la agricultura, y el paso del azadón, manejado por la mujer, al arado, manejado por el hombre. Lo anterior, aunado con el conocimiento del papel del varón en la procreación, convierten a las mujeres en "las grandes vencidas del Neolítico medio" (p. 143). El nuevo sistema incide en la destrucción de la armonía existente tanto entre los hombres y la naturaleza como entre ellos mismos, haciendo aparición la guerra endémica. Así, "la degradación de la naturaleza y el deterioro de las relaciones internacionales (sic) van acompañados por una disminución de la condición de la mujer y su encierro en la familia y en la ciudad" (p. 76), ya que con ello "nació el concepto instrumental de las mujeres reducidas a los papeles de genitoras y de sirvientas productoras del grupo familiar" (p. 25).

Este momento fue clave para el destino femenino, determinando la aparición del patriarcado, generador de una "represión (que) prosigue hoy en las prácticas de las sociedades contemporáneas edificadas siempre sobre los mismos imperativos que las sociedades del Neolítico medio: expansión a como dé lugar, búsqueda de la acumulación sin fin (...) gracias a una competencia encarnizada" (p. 143). El destino femenino, por lo tanto, parece haberse definido entonces.

Para la autora, el capitalismo incidió todavía más en el deterioro de la situación social femenina. La acumulación capitalista requiere ser ampliada constantemente, lo cual se logra a través del trabajo doméstico. El problema reside en que omite mención a cualquier otra manera de hacerse. Al considerar al sacrificio femenino como el principal nutriente del nuevo sistema capitalista, Michel peca de exceso e invalida sus conclusiones. Así, para ella: "La centralización monárquica se hizo a expensas del derecho de las mujeres a disponer y administrar sus fondos" (p. 41).

Asistimos entonces a un proceso histórico que se desarrolla a expensas del deterioro de la condición femenina, convirtiendo a la mujer en la gran amantadora del capitalismo. En este proceso las contradicciones adquieren el carácter de paréntesis, es decir, que no inciden en la línea fundamental que lo constituye. Así, al término del Imperio Romano "en el vacío provocado surgieron las organizaciones tribales de los germanos y francos" (p. 33) las cuales influyen en la mejora de la situación femenina. Estos adelantos, sin embargo, se perdieron totalmente con el advenimiento del capitalismo.

Michel concibe el proceso histórico como regido por una tendencia lineal,

y privilegia, en aras de sus fines, su visión histórica: lo esencial es justificar la visión del feminismo y ello debe hacerse a partir de un pasado de supeditación e injusticia evidentes.

Para Andrée Michel el paulatino deterioro de la situación de las mujeres conduce a su resistencia, lo que es evidente desde el Renacimiento hasta nuestros días. Esto ocupa en su estudio un interés primordial: "a principios del siglo XX, numerosos temas que habían empezado a ser desarrollados desde los días de la Edad Media se habían implantado en la conciencia feminista occidental" (p. 95). Este paralelismo entre las acciones sociales de marginación de la mujer y la respuesta de éstas resulta harto interesante. Sin embargo, la autora se extralimita en la consideración de lo que puede calificarse como resistencia femenina, metiendo en ese saco situaciones que sólo muy forzosamente pueden verse como tales. Es el caso de los intentos de algunas mujeres por fomentar la cultura, la religión, o mejorar las condiciones de vida, concebir la herejía cátara, las cortes de amor, o las huelgas para lograr la rebaja de los precios del trigo como resistencias feministas, resulta excesivo y por ende inexacto.

A lo largo de toda la descripción del deterioro de la situación femenina en la historia, el lector se pregunta por los resortes que llevaron a que una desigualdad biológica natural adquiriera, a nivel social, una valoración jerarquizada. No se obtiene respuesta. Ciertamente, los avances técnicos en torno al arado parecen insuficientes para explicarla, así como la descripción que la autora hace de la incidencia del patriarcado y del capitalismo.

En *El feminismo*, la mujer común y corriente se va presentando cada vez más abstraída del proceso histórico, y

aunque constantemente insista en que ésta es objeto de interés a lo largo de su historia, Michel va aislándola para destacar a las mujeres extraordinarias. Tal pareciera que la paulatina reclusión de la mujer en el ámbito de lo privado implicara la exclusión del proceso histórico, como si, efectivamente, lo privado no fuera del mundo, contradiciendo el postulado planteado por ella misma de que lo personal es político.

Esta situación tiene dos caras, en las que conviene insistir. Por un lado la tendencia a homogeneizar, bajo el rubro mujer, a las diferentes mujeres históricamente dadas. Por el otro, a distinguir de entre esta masa sólo a aquellas mujeres excepcionales que resistieron la opresión y lograron trascender su nombre del olvido común a su género.

En aras de realizar un trabajo de divulgación se generaliza la situación de las mujeres, tratando con los mismos esquemas a las pertenecientes a diferentes culturas y clases sociales. Lo anterior resulta especialmente grave cuando, desde la introducción, se ha planteado la necesidad de no caer en el eurocentrismo, androcentrismo o etnocentrismo. Michel habla de la necesidad de distinguir las especificidades sociales femeninas, pero finalmente quedan uniformadas con un criterio: lo importante es destacar los ejemplos y para ello su historia se centra en llamar la atención sobre aquellas mujeres que "gracias a extraordinarias cualidades de tenacidad, han sobrepasado las terribles barreras opuestas a su sexo, y han triunfado en la vida política, económica, militar, religiosa, artística o científica" (p. 96). Mujeres como Isabel la Católica, Teresa de Avila, Juana de Arco, Rosa Luxemburgo, Eva Buch o Madame Necker son consideradas similares: han cumplido con el mérito

de sobresalir.

Probablemente, dadas las enormes diferencias que existen en las que Michel considera "resistencias" de estas mujeres, el trato común viene no sólo de la capacidad de trascender, sino del hecho de participar de una biología común. Ahora bien, ello no puede considerarse un argumento suficiente sin caer en una concepción abstracta de la mujer, lo cual es especialmente grave cuando se pretende hacer una semblanza histórica, una particularización social de la situación femenina. Quizá el problema surge del hecho de tener una finalidad prefijada en su obra: si la liberación de la mujer es un movimiento universalmente válido, la opresión femenina debe tener idénticas circunstancias.

El texto trata de demostrar que las mujeres también pueden realizar grandes cosas, las mismas que los hombres y la historia tradicional han valorado, y aquí se muestra un problema grave: Michel insiste en validar el movimiento de liberación femenina por el hecho de que hay mujeres excepcionales, por todo lo que ellas sí hicieron y trascendieron, cuando la situación general de la mujer ha sido la de hacer el trabajo invisible y el papel del feminismo el de validar su labor oculta. Poco importa que la autora nos diga que lo fundamental del trabajo femenino es lo doméstico. El texto se exploya en descubrir cuán importantes fueron algunas mujeres y en atender sus actuaciones como resistencias feministas.

El sujeto femenino en la historia no debería buscarse en las excepciones, sino en las mujeres típicas, representativas de una situación específica, que difícilmente se encuentran en la actuación política o en las altas esferas de la cultura, sino en la vida doméstica, en el trabajo, en las oscuras y olvidadas

esferas de la vida cotidiana. Es fundamental hacer historia de la mujer, pero destacando el ámbito donde se ha desarrollado la común y corriente y la manera específica en que lo ha hecho. No se trata de demostrar la extraordinaria capacidad de unas cuantas mujeres, sino de comprender las razones y las maneras en que ellas, como género, han sido oprimidas.

La supeditación de la parte histórica a aquella que describe los movimientos feministas se hace evidente cuando explica sus razones para elegir determinadas fuentes: "serán de preferencia tomadas de los autores imbuidos de prejuicios androcéntricos: de las etnólogas e historiadoras mujeres, antes que de los hombres; de los autores anglosajones, antes que de los autores de los países latinos, demasiado deseosos de legitimar el poder masculino para poder creerles cuando hablan de las mujeres" (p. 10).

Este criterio implica ya una tendencia en su información. Implica además, graves prejuicios en torno a las características sexuales y de idiosincracia nacional.

Evidentemente el problema de las fuentes es uno de los más delicados para quien estudia a la mujer. El sujeto femenino ha sido el gran ausente de la historiografía tradicional, y ello es ya sintomático de una concepción de la historia. Hasta ahora no hay datos que nos permitan esclarecer suficientemente el papel de la mujer en el paleolítico o en el neolítico, y el recurso ha consistido en deducir a partir de rasgos similares en culturas primitivas recientes, o bien de restos culturales conservados en ellas. Michel se muestra reacia a utilizar este método en sus primeros capítulos; sin embargo, acaba por recurrir a ellos. Trabajar la historia de la mujer implica abrirse a alternativas poco co-

munes de estudio y escarbar en las tradicionales desde otras ópticas y con preguntas apropiadas. Michel buscó a la mujer en la historia desde una perspectiva tradicional: la de la participación destacada en la sociedad. Por eso las preguntas en torno a las razones y formas de la opresión femenina como

ente social no pueden ser contestadas.

Andrée Michel tiene una finalidad política que condiciona su visión de la historia de la mujer. Esta finalidad acaba ahorcándola: demostrar que es necesario que las mujeres se liberen es fundamental, pero no se deduce a través del ejemplo de heroínas y promotoras

culturales. A través de los casos de excepción tampoco se demuestra que la mujer es la gran víctima de la historia. Michel quiere hacer una historia de la opresión femenina y resaltar las resistencias que la mujer ha puesto a ésta, pero no elige los medios adecuados para llegar al fin propuesto.

Este es un lugar de ambiente, donde todo es diferente

Lilia Venegas

Oscar J. Martínez, *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 254 pp.

La historia de Ciudad Juárez, la más antigua de nuestras ciudades fronterizas, en esta ocasión la analiza un autor que en su vida personal seguramente ha encontrado el conflicto que encierra la historia de Juárez. Mexicano residente de esta ciudad, durante cinco años cruzó diariamente el puente internacional para asistir a la escuela y desempeñar (ilegalmente) trabajos ocasionales en El Paso. Su padre fue bracero y sus amistades, adivinamos, chicanas. A manera de introducción, Martínez inicia el estudio con la llegada de las misiones españolas a la zona y la fundación de la ciudad a mediados del siglo XVII pasando rápidamente hasta 1848, año en que se implanta la línea fronteriza. De ahí parte con mucho más detalle para terminar hacia 1977 cuando se publica la segunda versión en inglés de esta obra que trata "junto con

el análisis de la economía (...) aspectos de la historia social local que han influido predominantemente en el desarrollo de la ciudad".

La ordenación capitular de la exposición responde a una cronología donde el peso del exterior tiene una fuerte presencia: tres de los siete capítulos siguen una secuencia poco utilizada para la historia nacional o de otras regiones: La Prohibición La Depresión y La Guerra. No obstante, los dos últimos capítulos denotan, un giro "hacia adentro": El Desarrollo y el progreso combinado y La Integración de la economía fronteriza mexicana. El título de este último capítulo, así como el del libro en su conjunto "Ciudad Juárez: el auge de una ciudad fronteriza", parece apuntar, con todo, a un final feliz.

El libro, ampliamente documentado, presenta una realidad mucho más rica, compleja y aun contradictoria, en el tratamiento de los problemas que atraviesan la historia de esta ciudad fronteriza. Así ocurre, por ejemplo, con la cuestión de la interdependencia-dependencia-integración que está pre-

sente a lo largo del periodo y engloba, a la vez, una serie de problemas de mayor o menor relevancia, como la zona libre, la migración, el desarrollo económico y comercial, el turismo, el agua, el desarrollo urbano y demográfico, las políticas de fomento económico, etc.

La política seguida en torno a la zona libre (vigente en Ciudad Juárez entre 1858 y 1905) y el permiso de introducción de artículos gancho (funcionando desde 1971) ilustra uno de los principales problemas económicos, el del liberalismo frente al proteccionismo. La abolición de la zona libre a principios de siglo respondió, según relata el autor, a presiones de Estados Unidos por terminar esta situación, ya que perjudicaba al comercio en El Paso y a las presiones de algunos sectores, tanto de Ciudad Juárez como del interior, que consideraban que la zona libre constituía una situación de privilegio para la región fronteriza que impedía la industrialización y la posibilidad de integración económica de la frontera con el resto del país.